Crítica: Hombres al sur de José Miguel Martínez

Mario Guajardo Vergara 28 Agosto, 2015 Tags: El diablo en Punitaqui, José Miguel Martínez, literatura, Marx

Compártelo Tuitéalo

HOMBRES DEL SUR 1

En un libro que todos debieran leer, Marx dice que los grandes eventos y personajes de la Historia aparecen dos veces: una vez como tragedia y otra como farsa. La novela Hombres al sur (Tajamar, 2015) de José Miguel Martínez demuestra que el alemán olvidó agregar que la farsa deviene a veces en terror, en teatro de la crueldad o en “in-yer-face”.

Ya desde su libro anterior, en los cuentos de El diablo en Punitaqui (Tajamar, 2013), José Miguel Martínez asomaba su pluma por las formas que puede encarnar el mal. Esos relatos son, tal vez, una aproximación experimental a la novela, unidos por la figura del gordo Granola, una figuración contemporánea, chilena y lumpen del diablo, un hombre de mucha acción y pocas palabras. En esa misma temática y estilo, Hombres al sur se sitúa en el año 1851, al finalizar la fallida revolución liberal, uno de cuyos coletazos olvidados fue el motín de Cambiaso ocurrido en Punta Arenas, el cual constituye el marco histórico de la novela.

En la primera parte vemos al viejo Ángel María tosiendo sangre y con la muerte a cuestas, emprendiendo un viaje para encontrarse con su hijo en la colonia penal de Punta Arenas. Lo acompañan primero un sirviente, Florentino, y luego un indio wenteche a quien llama Reko. En las relaciones de Ángel María se configura una red de afectos determinados por la acción:

Don Ángel alzó la carabina con rapidez, amartillándola al mismo tiempo que la levantaba, pero no alcanzó a disparar. Sintió el balazo caliente penetrando en su hombro, atravesando la carne, emergiendo con desenvoltura por detrás del lomo, hasta perderse en el horizonte. Cayó de espaldas, el viejo; la carabina voló a unos metros de él, hacia atrás. (p. 33)

El de Martínez es un estilo acumulativo, plagado de epítetos y enumeraciones, epifrástico hasta el exceso. Y ésta, justamente, me parece una clave en la lectura de la novela, pero sobre todo de la lectura que a su vez la novela hace de la historia: la acumulación surge como una estrategia del narrador para construir el carácter agobiado y cansino de sus personajes, sujetos oprimidos o más bien exprimidos por la patria, la historia, por sí mismos y por otros. Ángel María, por ejemplo, se asquea cuando se encuentra con los restos de la batalla de Loncomilla:

Pero vomitó, el viejo, inevitablemente se echó hacia el costado de la carreta y dejó salir con libertad el líquido de sus entrañas. Los hombres, mujeres y niños empalados fueron más fuertes que su voluntad de controlar las vísceras. Eran indios, todos, mapuches sin duda alguna, y estaban desnudos y empalados, todos iguales: la estaca entraba por el recto, y atravesaba todo el cuerpo hasta salir por la boca, de donde chorreaba la sangre, dejando el pecho empapado de líneas rojas que escurrían hasta el suelo. (p. 43)

Sin embargo, en la segunda parte, la más breve de las cuatro, nos enteramos que el viejo y trágico Ángel María (el mismo que se niega a matar por declararse cristiano) también tuvo su momento protagónico en la guerra independentista, un papel destacadísimo, de hecho, pero del cual él reniega. La búsqueda del hijo es entonces la huída de su pasado, de sí mismo. Ángel María en varias ocasiones declara ser otro, lo cual es una forma básica de la locura. Y justamente, así, tal cual, lo recuerda un viejo compañero de armas, según narra su hijo en las cartas de esta segunda parte:

Un guerrero innato, dijo. Procedió a contar una serie de historias de guerra, de usted: dijo que le había visto cortarle con un corvo la lengua a un español, en medio de una batalla, y que le había visto sacarle las orejas a un soldado realista, sólo por haber pedido clemencia, mientras agonizaba. (p.173)

No es casualidad que esta parte, la reflexiva, sea la más breve de la novela. Aquí nos enteramos de las peripecias del hijo de Ángel María para terminar en Punta Arenas. Con un talento militar innato, en menos de tres años ha conseguido llegar a sargento y ha sido destinado a Ancud (p.162-163). El hijo confiesa el tedio y el miedo ante el porvenir, inquiere al padre por un episodio vivido cuando niño sobre la muerte de un perro- episodio que recomiendo leer y seguir con suma atención- por la disculpa que nunca llegó, por la identidad, por el rencor, el mal interior que no quiere ser reconocido. En una de las cartas, se pregunta el hijo: “¿Qué hay detrás del resentimiento? ¿Qué hay detrás del odio a nuestros padres?” (p.179). Un hijo que pretende dejar atrás a su padre pero no puede, acumulación de preguntas y respuestas tentativas sobre el origen, un padre y un hijo distanciados por la geografía y la experiencia. No es casual, entonces, que el duelo sea una experiencia decisiva en la vida de ambos. Reflexiona el hijo:

Nos paramos frente a frente, nuestras manos apenas alzadas sobre nuestras armas, nuestros ojos enardecidos, mirándonos con un magnetismo primitivo, tan propio del mundo antiguo. ¿Qué hay detrás del duelo de los hombres? ¿Existe sentido alguno? Sólo tengo una certeza: que el duelo no busca el honor, sino una formula compuesta y detestable para medir el tiempo. Y eso es todo. (p. 180)

El carácter animal, primitivo y original del duelo explica lo que decía más arriba sobre el estilo acumulativo de José Miguel Martínez, estilo que es la única forma de narrar la acumulación del cansancio, el miedo y el deber, y su resolución en segundos de acción decisiva en un duelo, cuando de pronto la evolución, la historia, la moral y el progreso se reducen, o se expanden, hasta la simpleza de matar o morir.

En la tercera parte entramos de lleno en el motín del teniente Cambiaso. Consumados los hechos, se nos presenta el testimonio de los perpetradores/testigos ante el fiscal. Todo aquí es fragmentario, plagado de verdades a medias, de eventos insignificantes con efectos descomunales en su horror, evidencia de la cotidianidad del terror durante el motín. De a poco Cambiaso se nos revela como la contraparte de farsesca de Ángel María, desde sus gestos hasta su manera de hablar. Así lo describe García “Él decía esto sonriendo, como si hubiera dicho una levedad, una tontera. Tenía a veces esas salidas bufonescas, Cambiaso, uno no sabía cuándo hablaba en serio y cuándo no” (p. 201). Y más adelante, el mismo personaje expone sus conclusiones en torno a la figura del teniente ya convertido en general:

(…) Cambiaso en la playa, el único hombre vestido impecablemente con su uniforme travestido y payasesco, como el evidente líder de una banda de degenerados que ha logrado sobrevivir al apocalipsis, a punta de un proceso de deshumanización y de regresión a los instintos más primales y salvajes, que deben haber aquejado a los primeros hombres (p. 264)

Si Ángel María sangra al toser, la sonrisa “exagerada, contorsionada” (p. 210) es el gesto que define el carácter de Cambiaso, corolario del absurdo y la crueldad de sus actos.

La cuarta parte es el reencuentro entre padre e hijo, el momento de asumir las responsabilidades para ambos. ¿Qué mejor que un duelo para remediarlo todo? La pregunta por lo que hay detrás del duelo sigue abierta hasta que ambos personajes pueden mirarse a la cara. Una mirada que expresa el sentido y la respuesta de la poética que el autor despliega en su escritura:

Una historia sin final, un círculo eterno que se repite y se repite y se repite, el horror de un gesto descompuesto desde su origen, la fascinación por lo abominable. Un padre y un hijo, mirándose en silencio. (p. 323)

La cruda novela de Martínez sugiere que a pesar de los relatos, toda revolución es un motín, y todo heroísmo es abominable hasta el día en que la escritura de los vencedores lo redime y lo presenta travestido en épica. Pero también lo contrario sería cierto: el motín olvidado es entonces revolución e independencia, el crimen se viste de heroísmo épico o estatua de bronce. Toda gran novela es una propuesta sobre el tiempo y sobre la historia de la humanidad, y Hombres al sur nos propone un tiempo medido por el duelo y, detrás de éste, una historia cuyo destino es narrarse tentativamente, una y otra vez, sobre un centro fatal de terror y violencia.

HOMBRES DEL SUR

Hombres al sur

José Miguel Martínez

Tajamar Editores

344 páginas

Precio de referencia: $15.000

Santiago de Chile, 2015

—– ——–

\*Mario Guajardo Vergara (1985). Magíster en Literatura, se desempeña como profesor de enseñanza media en Estación Central. Publicó “Y aquí me voy a quedar”: el paradigma del loco en la narrativa de Roberto Bolaño (2013) y actualmente prepara un volumen de relatos titulado “Las armas que no disparamos”.